

Parece indeleble

Cierro los ojos, el olor de la lluvia comienza a esparcirse, una libreta bajo mi rostro sufre el llanto del cielo, en ella, entre las líneas de dos milímetros de grueso, está mi nombre, escrito varias veces con varios estilos, *es irónico*, es lo único que digo, me quedo en silencio, hablar no mejora el ruido que ya existe. Dejo que la lluvia me moje al igual que las páginas, veo mi letra, una letra imperfecta, mi silencio es lo único perfecto, vuelvo adentro, y cierro la ventana.

Mis manos están manchadas de tinta, me siento en un sillón, vuelvo a cerrar los ojos y respiro hondo, procuro no hablar, mi voz no me gusta, evito el espejo, la lluvia me parece hermosa, por fin pienso en algo que no sea yo, pienso en que, si yo estuviera afuera, me diluiría como lo que soy, tinta, en un papel donde no cuadro. Miro el calendario, marca que tengo una reunión pronto.

Me estómago duele, siento ganas de vomitar, me resisto, mi respiración no va igual que antes, una junta, tras otra, ellos, esperan, ella, espera, etiquetas, pluma, tinta, diluirse, yo... yo no soy lo que debo ser, y entonces, regreso en mí, doy una junta, tenemos un concurso dentro de unos días, hay que preparar las cosas, ¿es mi obligación, mi responsabilidad o mi gusto?, ¿eso importa ahora?, anoto lo que debo de hacer, y descanso, descanso, o, eso intento.

Tomo una libreta y anoto mi nombre, dos horas y la veré, sigo anotando, anoto, mi nombre, una y otra vez, ¿qué de diferencia hay entre lo que hago ahora y lo que haría un... suena la puerta, ya llegó, no digo nada, ni de lo bueno, ni de lo malo, queda claro que sería innecesario, llevo la etiqueta en la frente, la esperanza, el orgullo, una familia hermosa y muchos destinos que ni siquiera concebía, y la culpa la tengo yo, por dar tantas expectativas.

Veo mis manos, y entre las líneas veo la tinta, la de mi sangre, recuerdo que no me gusta mi letra, ni mi voz, y veo mis manos, porque hay tinta, hay tinta y no me gusta cómo está escrito, no me gusta para nada lo que está escrito en mis líneas, duermo, no realmente bien, y al día siguiente me encargo de más cosas, anoto lo que tengo que hacer, y siento que será algo idéntico al día pasado. Me piden mi nombre, lo pongo, torciendo la boca y con los ojos soñolientos, entrego la pluma y con desgano miro hacia arriba.

–Es una linda letra – pestañeo, abro bien los ojos y pregunto: ¿Qué? – Es una bonita letra.

–¿Te parece?, digo, no sé, siempre he escrito así, hace mucho, no... no me había dado cuenta.

Sonríe y asiente, se marcha, no la conozco, pero no importa, ese día me empezó a gustar mi propia letra y comencé a dejar de dar por hecho que haría mal las cosas, me empezaron a decir que hacía otras cosas bien, e intenté a probar cosas nuevas, me empecé a gustar por quien era, empecé a quitarme etiquetas, y empecé a quitarles etiquetas a la gente, por fin podía decidir en vez de que lo hicieran por mí.

Le agradezco a ese desconocido, que me dijo que le gustó mi letra, no lo recuerdo, para nada, ni cómo era, pero, esa vez, por primera vez, sentí que, si bien las líneas de mi piel tenían ya escrito mucho, la tinta estaba fresca, y mi voluntad era la lluvia, ahora me gusta mi nombre, y claro, cómo se ve escrito.